

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1825 MONTERREY, MEXICO.

IV.

DONDE SE DA A CONOCER EL PASADO DE GIL GOMEZ.

Antes de pasar adelante, es necesario que el lector haga un conocimiento mas perfecto que el que ahora tiene con el jóven Gil Gomez.

Una tarde en que don Estévan volvia á la hacienda, que hacia poco tiempo habia arrendado, despues de haber faltado de ella quince dias empleados en un viaje á Veracruz, para el arreglo de la esportacion á Tampico de un poco de tabaco, lo primero con que lo recibieron sus criados, fué con la nueva de que esa mañana se habia encontrado debajo de uno de los árboles de la huerta, una cuna que contenia un niño de un año poco mas ó menos y un papel que nadie habia leído aún, esperando la vuelta del hacendado.

Don Estévan se hizo conducir al lugar donde provisoriamente se habia colocado la cuna y encontró en ella un niño de la edad designada; pero lo que mas conmovió el corazon del honrado arrendatario, fué el ver que su hijo Fernando, entonces de la edad de dos años y medio solamente, hacia caricias y sonreia al recién llegado, que con esa dulce ignorancia del presente y confianza de la niñez se habia dormido profundamente.

Los criados pusieron en sus manos el papel que se habia encontrado en la cuna, le abrió y leyó las siguientes palabras:

“SEÑOR:

“El niño que ahora se coloca en vuestras manos, confiando en la bondad de vuestro corazon, es hijo de la desdicha y no del crimen.

“Su padre ha muerto antes que el naciera y su infeliz madre ha venido casi arrastrándose desde los confines de Yucatán, para amparar á su inocente hijo en la casa de un pariente acomodado en Oajaca; pero la desgracia la persigue en todo y ayer ha sabido que ese pariente ha muerto repentinamente.

“Ella acaso morirá tambien muy pronto; pero será con el consuelo de haber dejado á su hijo bajo el paternal amparo de un hombre tan caritativo como vos.

“El niño no ha podido ser bautizado aún.”

El honrado don Estévan se alegró verdaderamente de este incidente que traia un compañero á su hijo Fernando: hizo venir á una nodriza que se encargase de la crianza y cuidado del niño y éste fué bautizado solemnemente, dándosele el nombre de Gil por el dia en que habia sido encontrado, y don Estévan no vaciló un momento en hacerle llevar su nombre de familia.

El niño creció y se desarrolló rápidamente; á la edad de dos años ya parecia un muchacho de cuatro, segun su estatura y la facilidad con que corria por los largos corredores de la hacienda en compañía de Fernando, que como hemos dicho, era un año mayor que él. Nada parecia haber heredado de la tristeza que el infortunio habia dejado en el corazon de sus padres, pues por el contrario, era vivo, alegre, bullicioso, era en la estension de la palabra lo que se llama generalmente “un muchacho travieso,” una “piel de Barrabás,” un “Judas.” Aunque su inteligencia era naturalmente despejada, sin embargo, desde un principio pareció poco apto para el estudio, el estudio del silabario y de las primeras letras, que desde la edad de cuatro años eguia con Fernando, bajo la direccion del anciano maestro de

escuela de San Roque, que venia todos los dias á la hacienda, y no era porque dejase de comprender las lecciones que éste le señalaba, nada de eso, sino que en vez de estudiar gustaba mas de correr detrás de las mariposas en las huertas, de jugar revolcándose en el suelo con los perros de la hacienda que ya le conocian, de seguir á los vaqueros al campo para ver la ordeña, ó la encerrada del ganado, de lazar á los cerdos en el chiquero, de arrojar piedras á los frutos maduros que estaban fuera de su alcance y de cantar y armar gresca todo el dia.

Eso sí, le bastaban solo diez minutos para aprender lo que Fernando habia conseguido en media hora de trabajo y por eso el buen cura de San Roque al ver la prontitud con que comprendia desde luego lo que se le esplicaba y su admirable memoria, decia sonriendo aquel antiguo proverbio latino:

Nolo sed possum, si voluisse potuisset.

Así es que á la edad de diez años, mientras que Fernando leia perfectamente, escribia con correccion, poseia los primeros principios de matemáticas y lo mas notable de la Historia Sagrada y profana, Gil Gomez habiendo perdido su tiempo, leia tan canceado, delectando tan amenudo, equivocándose con tanta frecuencia, que era casi imposible entenderle; no era menos con respecto á la puntuacion, de la cual tenia ideas tan imperfectas, que creia se debia hacer una pausa despues de las palabras que tenian acento, y cargar la pronunciacion en la letra donde habia coma.

Sus planas eran un arlequin, un album de historia natural, aquellos signos parecian todos los objetos de la creacion, árboles, casas, hombres y no las letras del abecedario, y no era torpeza, sino que ni ponía atención á la muestra de donde copiaba, además, casi siempre derramaba la tinta sobre la plana, que entonces se hacia mas ininteligible, y esto le ocasionaba algunos castigos y reprimendas del bueno y prudente maestro de escuela: en cuanto á la aritmética, hacia números 1 que parecian 9, 2 que parecian 4 y 5 que difícilmente se distinguian de un 8; creia que 4 por 4 eran 8, 6 por 6 12 y que los ceros á la izquierda valian 10; no estaba muy fuerte tampoco en la historia y respondia con mucho despejo á las preguntas que se le hacian, diciendo que Noé habia sido rey

de las Galias cuando éstas fueron invadidas por Moisés y que Nerón en compañía de Júdeas, Goliát y la Samaritana, eran los únicos que se habian salvado del diluvio con que Dios castigó el orgullo de los israelitas; pero en cambio á los doce años Gil Gomez ganaba las carreras á pié y á caballo que se solian apostar algunos domingos en el gran corral de la hacienda entre los mozos, montaba á los becerros grandes solo pasando á su lomo una cuerda, trepaba á los árboles mas elevados para cojer nidos de esos pájaros de vivos y primorosos colores que tanto abundan en esas regiones, ponía trampas en los bosques á los conejos y las ardillas, y aun algunas veces desaparecia un dia entero de la hacienda, volviendo ya al caer la tarde, con un saco de red al hombro cargado de peces, á quienes echaba el anzuelo en un sitio en que el rio bastante profundo los traía en abundancia; pero situado á mas de una legua del pueblo. Estas travesuras, estas escursiones le ocasionaban grandes reprimendas de don Estévan; pero el regaño pasaba pronto y en cambio, Gil Gomez en la noche hacia en el portal que estaba delante de la casa, ó en los corredores, una lumbrada como las que habia visto hacer en los bosques á los pastores y á los arrieros, y allí condimentaba de mil maneras los productos de su cacería ó de su pesca, reservando antes de comer la mejor parte á Fernando, que aunque generalmente andaba y corria junto con él, no siempre se atrevia por temor de causar cuidado y pena á su padre, á acompañarle en tan largas y peligrosas escursiones. Hasta aquí no hemos hecho mas que la relacion de las travesuras y malas cualidades de Gil Gomez; pero nada hemos dicho de sus buenos instintos y de sus nobles sentimientos. Ninguna ruin pasión habia encontrado hasta allí acogida en su alma; no era ni envidioso como es tan comun que lo sean todos los niños de esa edad, ni vengativo, ni apegado al interés, ni adulador con sus mayores; defectos que son igualmente generales en la infancia; por el contrario Gil Gomez, se contentaba con lo que se le daba y lo recibia sin murmurar, sin comparar si era inferior á lo de Fernando, sin enorgullecerse si era superior, una travesura ó una mala partida que le hiciesen los demas muchachos de la hacienda ó del pueblo, entre los cuales tenia por otra parte una gran popularidad, la pagaba con la indi-

ferencia, ó con una buena accion; era muy poco apegado al dinero, y del que solia recibir de don Estévan, reservaba una pequeña parte para sus gastos menores, tales como recomposicion de sus redes, honorarios al herrero de San Roque por la compostura de su escopeta, por la hechura de anzuelos, por clavos, municiones y pólvora; regalando el resto á los demas muchachos ó distribuyéndolo á los pobres, tales como el baldado que se ponía todos los domingos en el cementerio de la iglesia, la ciega que venía en las mañanas á pedir limosna á la hacienda, ó al viejo soldado cojo que tocaba la vihuela y refería escenas de batallas, ó reservando su pan cuando carecia de reales. En las riñas y cuestiones de los demas muchachos, él era siempre llamado como juez, tomando siempre la parte del que tenia mas justicia, ó en igualdad de circunstancias, del débil contra el fuerte; los contendientes se mostraban generalmente contentos de su fallo; pero si alguna vez un rebelde desconocia á la autoridad ó se demandaba en palabras injuriosas contra su representante; entonces el juez, dejando á un lado la gravedad del magistrado, se convertía en ejecutor de la ley, arrancando de las manos del rebelde litigante, el objeto causa de la riña y pasando de las razones á las obras, aplicaba una dolorosa correccion al mal ciudadano, que se levantaba del suelo, lloroso pero convencido. Gil Gomez ponía en todos estos actos tal sello de grandeza, aplicaba el castigo con tanta sangre fria, sin encolerizarse, sin que los insultos lo hiciesen parcial, sin humillar al vencido, que este no se creía con derecho para odiar á un vencedor tan magnánimo, y al reconocer en él la superioridad que dan la fuerza y la justicia, acababa por ser su mejor amigo.

Pero entre los nobles sentimientos que se albergaban en el corazon de Gil Gomez, habia uno mil veces mas desarrollado que los demas; era un amor entrañable, una adhesion profunda á Fernando, su compañero de infancia, su hermano querido: un deseo de éste era para Gil Gomez una órden impuesta por él, asimismo no habia placer completo si Fernando no participaba de él, no podia vivir un momento separado de él, en las escursiones que ambos hacian algunas veces con peligro de una caída, Gil Gomez temía por la seguridad del jóven y velaba por ella como lo haria una madre con un hijo pequeño.

Por otra parte, estaba pródigamente recompensado, pues Fernando le amaba con el mismo cariño, desde la infancia ambos habian dormido en un mismo lecho, habiau participado de las mismas alegrías ó pesares de niños, habian llevado unos mismos vestidos, iguales juguetes, si uno era tímido, estudioso y naturalmente melancólico desde niño, si el otro era travieso, alborotador y alegre, ambos tenian iguales buenos sentimientos.

Gil Gomez, hijo privilegiado de la naturaleza, seguía en todas las leyes de la naturaleza. Se levantaba al rayar el día, cuando en la hacienda todo el mundo dormía aún, tomaba el desayuno que consistía en una enorme taza de leche, al aire libre, entre los vaqueros ordeñadores y las vacas que llenaban el pátio de la hacienda, y la mayor parte de la mañana la pasaba en compañía de Fernando, ya en escursiones á pié ó á caballo á las cercanías, ya en sus juegos en la huerta; distribuía el mismo el maíz y el grano á las palomas y demas animales domésticos, que estaban tan acostumbrados á su vista, que luego que se presentaba en el patio destinado para ellos, corrían á él y le rodeaban sin desconfianza, estaba muy al tanto de los animales muertos ó nacidos el día anterior, recogía los huevos y vigilaba á las gallinas enclucadas, eliminando del resto de sus compañeras á las que estaban afectadas de algunas de las enfermedades que él conocía ser contagiosas y que distinguía perfectamente bien. Sabía el número existente de vacas de ordeña, de becerros, de bueyes para el arado, de caballos, de perros, de palomas que habia en la hacienda, dando siempre importantes noticias de todo esto á don Estévan y al mismo administrador, conocía todos los animales dañinos á los plantíos de tabaco y maíz y el modo de destruirlos ó librarse de ellos, las horas en que estos acostumbraban caer sobre las siembras para hacer sus estragos; entre los infinitos ruidos que pueblan el aire, sabía distinguir el grito del águila, del gavilán y de todas las aves que giran en derredor de los sembrados, de manera, que advertido de la proximidad de estos y conociendo los plantíos objeto de su codicia, corría á ocultarse entre ellos con su escopeta y correspondiente provision de pólvora y municiones, causando graves estragos sobre las bandadas de tordos y haciendo importantes capturas de algunas aves

grandes y de variados colores; en la era distinguía sobre la tierra las huellas de los conejos, de las libras, de los topos y de las ardillas; disecaba todos estos animales perfectamente, de manera que su cuartito parecía un gabinete de historia natural, un museo zoológico; había allí en efecto desde el águila caudal cuya pupila atrevida parece formada para graduar á su antojo la intensidad de los rayos solares, hasta el ligero y gracioso colibrí, el pájaro galán de las rosas: desde el gavilán de corvo pico, terror de las palomas, hasta la tortolilla y el rojo cardenal sorprendidos en su nido al nacer: pocos libros, muchos instrumentos de herrero, carpintero y disecador, algunas redes descompuestas ó en recomposicion, anzuelos, municiones, pólvora, ese *pêle-mêle* que indica los hábitos y las inclinaciones del hombre; hé aquí el conjunto del cuartito de Gil Gomez. Hasta las doce, diez minutos antes de la llegada del maestro, solia Gil Gomez, cuando solia, leer precipitadamente la leccion señalada, ó hacer su borroneada plana, para cumplir á medias, ó mejor dicho, para no cumplir con los mandatos de aquel, y durante la hora que duraba la leccion, en todo pensaba, menos en atender á la esplicacion cansadísima generalmente y casi siempre poco inteligible. A la una en punto se comia en la hacienda, y Gil Gomez se deleitaba profundamente viendo que casi todo lo que se servia era producto de la misma hacienda, desde la carne hasta el frijol y las verduras de la huerta; es decir, había en él una eterna admiracion á los objetos maravillosos y provechosos de la creacion, cada una de sus palabras era un himno al autor de la naturaleza; su alegría nunca se había turbado; amado por don Estévan y Fernando, popular entre los criados, libre á su antojo, teniendo todo lo necesario, el cielo de su vida no se había enlutado con las nubes del dolor, á pesar de que ya había llegado á la adolescencia. Solamente un dia en que el maestro al ver que no sabia una leccion atrasada de una semana, le dijo por estimularle:

—Pues ciertamente, no sé en qué piensas con no querer aprender, don Estévan puede morir de un dia á otro, y tú siendo huérfano nada posees, entonces ya no tendrás quien te mantenga.

Gil Gomez, al oír aquellas palabras, se echó llorando en los brazos de Fernando que también lloraba al ver el dolor de su hermano, por más que el maestro arrepentido procuraba suavizar la dureza de su reprimenda con espresiones de consuelo y ternura: aquellas palabras se grabaron profundamente en el corazón del jóven, y durante un mes, casi olvidó sus juegos y sus correrías para estudiar, poniéndose casi al nivel de Fernando; pero poco á poco se fué borrando de su ánimo aquella impresion de tristeza, y la alegría recobró su imperio en su alma naturalmente expansiva.

Pero Fernando había ya cumplido quince años y era imposible que continuase aquella vida casi ociosa, así es, que don Estévan determinó, después de consultar con el cura de San Roque y el maestro de escuela, enviar á Fernando al colegio para que se intruyese en la filosofía y en las ciencias metafísicas, ó siguiése, si para ello tenía inclinacion, una de las dos únicas carreras literarias que entonces se podían seguir en la Nueva-España, la del claustro ó la del foro; quedando Gil Gomez, cuya poca inclinacion al estudio era proverbial al cuidado y al manejo de la hacienda en compañía de don Estévan. Había entonces en la Puebla de los Angeles un seminario dirigido por los religiosos de la Compañía de Jesus, que gozaba de una gran reputacion en toda la Nueva-España, viniendo á instruirse á él jóvenes de los confines más remotos de la colonia. En ese establecimiento pensó don Estévan para Fernando, el cual, deseoso de instruirse y siguiendo los impulsos de esa ambicion que alimentan todos los jóvenes de provincia de habitar la ciudad, se alegró verdaderamente de aquel pensamiento de su padre, sintiendo solamente que Gil Gomez no le acompañase, y solo consintiendo en esta separacion, en el supuesto que éste iría á la ciudad en compañía de don Estévan una vez al año, viniendo él mismo á pasar en su compañía el tiempo de las vacaciones; pero el hacendado había contado como dicen, "sin la huésped," porque luego que á los oídos de Gil Gomez llegaron los rumores de aquel viaje, luego que sus ojos comenzaron á ver los preparativos, luego que su corazón midió el sentimiento de una vida pasada lejos de Fernando; se rebeló contra las dispo-

siciones tomadas, renunció el empleo que sin su conocimiento se le había señalado y rogó, lolró, habló tanto diciendo que ya que se le creía inepto para los estudios, no se le podría impedir acompañar á Fernando siquiera en calidad de criado, que don Estévan, viendo su obstinacion y al mismo tiempo el deseo de su hijo, consintió por fin en enviarle tambien al colegio, bondad que estuvo á pique de volver loco á Gil Gomez, que por un momento habia creído verse separado de su hermano querido: ademas, prometió solemnemente que estudiaría con empeño y que ¿quién sabe si algun dia llegaria á ser una de las lumbreras de la Iglesia, ó la gloria del foro?

La partida se verificó por los últimos dias de Diciembre de 1804, el mismo don Estévan quiso acompañar á los jóvenes para ponerlos bajo la direccion y la tutela de un lejano pariente suyo que habitaba en Puebla y era al mismo tiempo su correspondiente en esta ciudad. A tiempo que partian, saludó el hacendado á un señor de fisonomía noble y respetable que llevaba del brazo á una hermosa jovencita de doce años, pareciendo dirigirse ambos al centro de la aldea.

—¿A quién saluda vd., padre mio? preguntó con indiferencia Fernando, que como todas las naturalezas melancólicas, sentia la tristeza en su corazon al abandonar aquel hogar querido, asilo de su infancia y relicario de sus recuerdos niño.

—A uno de mis antiguos amigos, á quien he conocido en Veracruz, el doctor extranjero Fergus, que despues de haber habitado algunos años aquella ciudad, se viene á vivir en compañía de su hija en esta aldea.

—¿Y desde cuando ha llegado? volvió á preguntar Fernando; con los preparativos del viaje hace ya algunos dias que no salgo de la casa.

—Hace solo una semana, se apresuró á responder Gil Gomez, y habita en una casa muy bonita que hace mas de dos meses han estado construyendo al final de la arboleda que sale al rio.

Y continuaron su camino.
Don Estévan, despues de haber arreglado lo concerniente á los gastos de los jóvenes, regresó á su hacienda.

La llegada de Gil Gomez causó sensacion en el colegio, aquel muchacho, flaco, largo y huesoso á quien el traje talar hacia mas exagerado en todo, era necesario que llamase notablemente la atencion de sus concolegas, y no habian trascurrido ocho dias desde el de su entrada, cuando en junta de colegiales viejos, se determinó dar un *capote* al recién venido. Consiste este acto en esperar á la víctima designada y sorprendiéndole, caer sobre ella un número considerable de ejecutores á golpes con capotes, almohadas y aun palos, hasta dejarle tendida en tierra molida y atolondrada; pero Gil Gomez, por una conversacion oída una de las noches anteriores, y por algunas palabras sueltas escapadas de la boca de sus compañeros de dormitorio, que eran los que habian recetado la medicina, en el momento en que roncaba estrepitosamente fingiéndose dormido, habia escuchado todo el plan. El dormitorio donde el acto debia tener lugar la noche siguiente, era una vasta sala en que habitaban mas de veinte colegiales, se trataba de esperarle cuando se retirase á acostar despues de haber paseado en los corredores como acostumbraba hasta oír el toque de silencio; se apagarían las luces que habia en la sala dejando solo el gran farol suspendido de las vigas en medio de la pieza para distinguir á la víctima, luego que entrase se atracaría la puerta á fin de impedirle la salida y despues cada uno sabia su obligacion. Pero ya hemos dicho que por una casualidad, Gil Gomez habia descubierto todo el plan, y en vez de ir á quejarse con el superior, lo cual le hubiera valido la fea nota de *chismoso ó soplón* en el lenguaje de la universidad, determinó luchar cuerpo á cuerpo con sus improvisados enemigos y vencerlos si era posible; para lo cual fraguó tambien su plan. Se armó de un largo y grueso baston que ocultó todo el dia, y en la noche, despues de haber estado observando todos los preparativos desde que salieron del refectorio, requirió su arma; pero en vez de entrar al dormitorio al oír el toque de la queda como lo acostumbraba, se retiró cinco minutos antes de que la campana sonase á silencio y aun cuando aún no se le esperaba con atencion: cuando los contrarios atrancaron la puerta, ya Gil Gomez estaba en medio de la sala, y antes de recibir el cuarto golpe, dió un fuerte garrotazo al farol sumergiendo la pieza en una

profunda oscuridad y deslizándose sin pérdida de tiempo casi por debajo de las camas hasta la puerta, quitó sin ruido la tranca corriendo con la misma precaucion á refugiarse al rincon en que se hallaba su lecho: los estudiantes se precipitaron primero en medio de la oscuridad en la direccion en que Gil Gomez habia desaparecido; pero solo dieron golpes al aire, despues se confundieron entre sí y cerraron unos sobre otros sin verse. Gil Gomez desde su rincon solo oyó golpes, quejidos, gritos de cólera, pataleos, sin que á él le tocase nada de aquello. El ruido del farol al romperse y el de la lucha, atraieron al padre maestro y los superiores.

La puerta se abrió repentinamente, la sala se inundó de luz, y los contendientes, cogidos *infraganti delicto* armados de almohadas, turcas y palos, fueron á pasar el resto de la noche, despues de haber sido contundidos y molidos, á dormir sobre las duras lozas del calaboso, sin abrigo. Solo Gil Gomez fué encontrado sobre su cama, dormido profundamente, dormido en medio de aquella gresca con el sueño de la inocencia. El angelito fué el único que exceptuado del castigo durmió aquella noche en blando. Este acto de audacia y algunos otros ejemplares semejantes á los que habia aplicado á los rebeldes de San Roque, le dieron una gran popularidad entre los estudiantes, y el que primero habia sido designado como víctima, fué considerado como caudillo en todas las travesuras y motines.

No es necesario decir que Gil Gomez jamás cumplió lo que habia prometido, y la lumbrera de la Iglesia solo fué en los cuatro años que permaneció en el colegio, lo que allí se llama un estudiante perdido, ganando al cabo de ellos, despues de haber sido reprobado dos veces, el curso de artes, como se dice en el lenguaje de las universidades, "en recua."

Pero lo mismo que Fernando, que por otra parte habia seguido los cursos con provecho, Gil Gomez no tenia inclinacion á la Iglesia y ambos jóvenes volvieron al hogar al cabo de cuatro años. Gil Gomez volvió mas largo, un poco serio y hablando en latin, acaso ya para justificar aquel proverbio ya popular en la época de *¡perritiquis miquis, no me conosorum?* arguyendo en forma silogística y con cierto aire doctoral, que unido á sus co-

nocimientos en el latin, le hicieron ser solicitado por el cura de San Roque para ayudar la misa y atender á la administracion interior del templo. Si como ya sabemos en los dos años transcurridos antes de que tomásemos el hilo de esta historia, se habia verificado un cambio notable en el corazon de Fernando, nada habia sucedido con respecto al de Gil Gomez que era tan niño y casi tan travieso como antes, lo único que habia dado un poco mas gravedad á su carácter, eran las confianzas de los amores de Fernando; pero por otra parte habia vuelto á sus antiguas costumbres, á sus cacerías, á sus escursiones, lanzando á los aires papelotes de diversas dimensiones casi fabulosas, y mientras refiriendo escenas de colegio á los azorados muchachos, que le rodeaban considerándolo como un ser extraordinario, como un personaje de los que habian admirado en los cuentos. Ademas de su empleo de sacristan, desempeñaba tambien el de practicante de medicina, para no decir el de flebotomiano, acompañaba en efecto al doctor Fergus en las visitas que éste hacia en la aldea ó en las rancherías inmediatas, montado en una jaca, conduciendo los instrumentos, las medicinas, las sanguijuelas y sabia ya muy regularmente sangrar, curar los cáusticos y aun las heridas. ¡Y no se habia albergado alguna vez un amor en aquel corazon de diez ocho años? No se puede dar este nombre al episodio que vamos á referir,

Gil Gomez habia notado que al volver de sus escursiones, siempre encontraba en la ventana á Manuela la hija del tío Lucas, linda, robusta y colorada moza de diez y seis años, Gil Gomez la veia con timidez, Manuela le lanzaba tiernísimas miradas. Sea casualidad, ó echo pensado, el caso es que Gil Gomez comenzó á pasar por su casa con mas frecuencia, despues vió y le vieron, tosió y le tosieron, hizo señas y se sonrieron, enseñó una carta y bajaron la cabeza en señal de asentimiento, marcó la hora de una cita con los dedos de su mano derecha presentada por la palma y por el dorso para indicar las diez, y despues de haberle respondido afirmativamente con la cabeza, se retiraron de la ventana enviándole con la mano una graciosa despedida.

Gil Gomez corrió á la casa, buscó en el escritorio de Fernan

do el papel de color azul mas subido, le pintó dos corazones inflamados y atravesados por una flecha y con su letra grande y gruesa escribió la siguiente carta, no sabemos si inocentemente ó por burlarse de la aldeanita.

“Señorita Manuela:

Nadie diga, “De esta agua no beberé:” como dijo el otro, pues no sé que fué primero si verla ó amarla como el chupa-mirto á los mirtos. Es vd. mas hermosa que una mazorca en sazón, dígame si por fin me ha de querer de veras, ó si nada mas hemos de estar embromando. Mañana en la noche vengo por la respuesta. Piénselo vd. bien antes de resolverse, no luego salgamos con un domingo siete y.....

Yo le juro amor eterno
Sin andarme con rodeos
Pues si son así los diablos
Aunque me vaya al infierno.

Quien vd. sabe.”

“Posdata.—No se le vaya á olvidar á vd. que á las diez de la noche he de venir á recojer la razon.

El mismo.”

Hemos visto que Gil Gomez habia apurado su elocuencia oratorio y poética en su misiva, que fué entregada aquella misma noche: á las diez de la noche siguiente, recibió la siguiente contestacion en letra casi ininteligible.

“Señor Don Gil Gomez:

Si lo que dice es cierto, me alegro mucho; pero siempre como luego ustedes son tan malos, no le quiero responder todavía si “sí ó no.” A la otra si ya le digo con seguridad lo que haya. Viva vd. mil años como lo desea su criada

María Manuela Tiburcia
de la Luz Sanchez.”

La segunda carta de Gil Gomez, contenia tan solo estas palabras:

“Señorita Doña Manuela:

¿Qué hay por fin del negocio que traemos entre manos? Lo que ha de ser mañana que sea de una vez.

El mismo.”

La contestaron así con el mismo laconismo.

“Señor Don Gil Gomez:

Muy señor mio y de todo mi aprecio. Pues siempre me resuelvo que “sí” pero no se lo vaya vd. á decir á nadie porque donde lo sepa mi padre, quedamos frescos y es muy capaz de darle una paliza.

Quien de veras lo quiere.”

Gil Gomez, volvió á escribir esta carta á fin de romper aquellos prosaicos amoríos.

“Señorita Doña Manuela:

Pues si deveras me quiere vd., deme una prenda como un mechoncito de su cabello, una tumbaga, ó lo que fuere mas de su gusto. Cuando veo á vd. todo mi corazon late, porque me parece que veo á la burra de Balaam.

El de siempre.”

Esta galanteria, nada debió agradar á la señorita Manuela, que por ignorante que fuese siempre conocia el *simile*, pues ya no volvió á presentarse en la ventana á las horas que pasaba Gil Gomez ni á aceptar ninguna carta suya.

Gil Gomez, por otra parte, que no tenia por norma la constancia, en vez de llorar aquel desvío repentino se rió de él y no volvió á pensar mas en la señorita Manuela.

Así acabaron al nacer estos poco espirituales amores.